

Luis Gabriel-Stheeman

*Función retórica
del recurso etimológico
en la obra de
José Ortega y Gasset*

2000

Índice

Introducción	9
1. El título	9
a. El recurso etimológico	9
b. La función retórica.....	17
2. El contenido	32
I. Morfología del recurso etimológico.....	37
Introducción.....	37
1. Recursos etimológicos explícitos	45
2. Recursos etimológicos implícitos (I)	63
3. La revitalización metafórica.....	87
4. Recursos etimológicos implícitos (II)	100
II. Funciones retóricas del recurso etimológico	115
Introducción.....	115
1. La elección de las palabras	117
a. La calificación insólita.....	117
b. Tecnicismos, precisión y expresividad.....	125
c. Teoría del improprio	129
2. La ilación del discurso.....	152
a. La ilación etimológica como técnica argumentativa	152
b. La definición etimológica.....	166
i. Definición y visualización.....	167
ii. Definición y legitimación (a).....	183
iii. Etimología y uso: creación, destrucción y recuperación	190
iv. Definición y legitimación (b)	199
3. El recurso etimológico y la creación de presencia.....	209

a. Hipotiposis y presencia: dos términos a modo de recapitulación.....	209
b. Presencia y explicitud.....	214
Conclusión.....	219
Obras citadas	223

Introducción

1. El título

Dado el asunto del trabajo que aquí comienzo, no me parece desentonado hacerlo mediante la amplificación de su título, es decir, de las varias partes que lo componen para la mayor claridad de su objeto. Soy consciente, por otro lado, de lo muy necio que resultaría ponerme a presentar, a estas alturas de su historia crítica, la figura y obra de Ortega y Gasset. Si quiero aplazar cuanto buenamente pueda esa impresión de necedad, será lo mejor que me limite, por tanto, a la consideración de las otras dos cuestiones: qué es un recurso etimológico y cómo defino su función retórica en los escritos del filósofo español.

a. El recurso etimológico

Por tal entiendo el aprovechamiento que haga el autor de la etimología de una palabra o expresión cualquiera. Ahora bien, a dicha etimología se puede referir con claridad el texto:

Tal vez nada mueva mi pluma con tanto afán como el ansia de ver todas las cosas nacionales instauradas en el respeto —*instaurare omnia in Christo*. Es para mí el respeto la virtud socializadora por excelencia, la emoción religiosa (de *religare*, atar) (Ortega 10: 95)¹.

Y puede por el contrario dejarla implícita, beneficiándose de la idea que de ella extrae sin reconocerlo expresamente:

Algunos espíritus groseros podrán confundir el ateísmo y la irreligiosidad: sin embargo, han sido y seguirán siendo cosas distintas.

¹ En las citas de este trabajo, todo énfasis en bastardilla lo será por decisión del autor a quien se esté citando. Cuando yo desee resaltar parte de una cita, lo haré subrayando el texto. Todos los subrayados serán míos.

Todo hombre que piense: “la vida es una cosa seria”, es un hombre íntimamente religioso. La verdadera irreligiosidad es la falta de respeto hacia lo que hay encima de nosotros y a nuestro lado, y más abajo (1: 436).

Consecuentemente, consideraré también recurso etimológico todo aquel uso de una palabra que, para su íntegra comprensión, remita al sentido original del vocablo, sentido que, obviamente, ya no coincide con el actual o más común. Siguiendo con ejemplos de *religioso/religiosidad*, valga como muestra el siguiente:

esas generaciones de pseudo-conservadores y pseudo-liberales, frívolas e ininteligentes, que veces y veces se han acercado al Poder privadas de aquella religiosidad histórica sin la cual no es posible guiar a un pueblo (10: 478).

A lo largo de este libro, su lector se encontrará con casos de correcta etimologización, pero asimismo con otros cuya probabilidad o bien es puesta en duda, o bien está firmemente descartada por investigadores especializados en la materia. Puede aun que el mismo Ortega haya cambiado de opinión durante su vida, con lo que se encontrarán en su obra explicaciones diferentes del mismo vocablo:

Cuando el hombre cree en algo, cuando algo le es incuestionable realidad, se hace religioso de ello. *Religio* no viene, como suele decirse, de *religare*, de estar atado el hombre a Dios. Como tantas veces, es el adjetivo quien nos conserva la significación original del sustantivo, y *religiosus* quería decir “escrupuloso”; por tanto, el que no se comporta a la ligera, sino cuidadosamente (6: 64)².

² En realidad, la contienda entre estas dos posibles explicaciones —atribuir *religio* a *religare* o a *relegere*— no ha terminado aún. Por la primera posibilidad se inclinan Ernout y Meillet (859), y el *Concise Oxford* (397); por la segunda, en cambio, apuestan Klein (1324) y Barnhart (650).

Me parece obvio, pero quizá no esté de más decir que en mi trabajo se considerarán tanto unos casos como los otros.

No son pocos los críticos que han reconocido y señalado la importancia del etimologismo en la obra de Ortega. Los estudios previos que han tocado esta materia se centran en explicar el recurso desde tres perspectivas estrechamente ligadas: como un instrumento de innovación y renovación verbal, con el propósito último de vivificar de nuevo la precisión expresiva de la lengua española, y de capacitarla para responder a las exigencias intelectuales propias de su tiempo; como un medio de reflexión sobre conceptos filosóficos y de creación de un léxico adecuado para expresar los suyos; o, finalmente, como un útil de investigación histórica, esto es, como forma de resucitar la comprensibilidad de usos y expresiones que dan luz sobre la situación histórica en que se crearon, y que reiluminan el sentido de lo que hacemos y decimos en el presente.

Sería excesivamente prolijo y repetitivo transcribir aquí las afirmaciones de todos los críticos que, desde un punto de vista u otro, han reparado en la cuestión que me ocupa. Creo mejor, en cambio, elegir una cita característica de cada perspectiva y remitir al lector interesado a las demás. Respecto a la innovación/renovación verbal, por ejemplo, Ricardo Senabre explica el etimologismo orteguiano como aspecto distintivo de su generación —la de los novecentistas: “El escritor [de este grupo] comienza a verse encerrado en la lengua como en un orbe limitadísimo y pugna por ahondar en los significados de las palabras” (*Lengua y estilo* 29). Esta búsqueda, “tenaz y deliberada” (29), no responde exclusivamente a una necesidad expresiva personal, sino que se integra en el objetivo mayor de “colocar la lengua ‘a la altura de los tiempos’” (36), con lo que cabría interpretar el etimologismo como una patriótica labor de higiene verbal:

[Ortega] revitaliza el valor originario de algunas palabras y expresiones desgastadas atendiendo a su etimología, ya que “la vida del